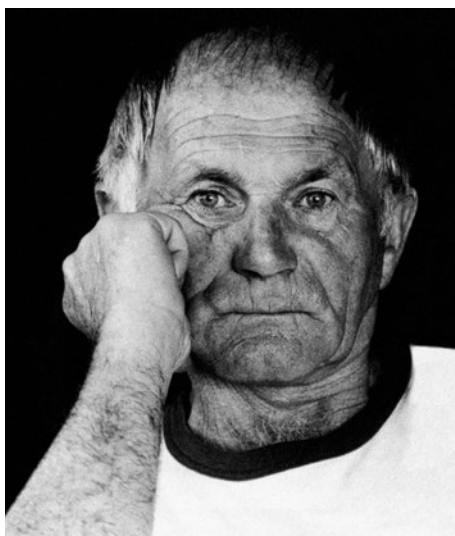


# Algo sobre Bohumil Hrabal

Edgar Esquivel

El tío Pepe no sabía qué eran los diccionarios, tampoco conocía a fondo el significado de las palabras. Pero ello no impidió —afirmó su sobrino, Bohumil Hrabal— que por más de 40 años él ayudara a la gente a “encontrar manantiales ocultos de risa y de alegría inocentes”. Pepe era Josef, también Pepin; él fue, según el indeleble recuerdo del propio Hrabal, lo mismo un “rabino milagroso” que un “cuentista popular”. Hubo de todo en ese entrañable personaje. “Tío Pepe, ¿qué le gustaría ser?, él contestaba: Epiléptico, es lo mejor que hay en la India para encontrar manantiales de agua para las personas con la ayuda de una varita”.

Cuando el joven Bohumil Hrabal (Brno, 1914-Praga, 1997) vivía solo, después de dejar la casa familiar, le consolaban sobremanera las visitas de Pepin, quien era algo muy parecido a un juglar trasnochado, un “profeta de pueblo” que no dejó de contarle las historias que conocía, desconocía y descocía, las mismas que escuchaba, recreaba y nutría en la cervecería donde trabajaba o en alguna taberna donde solía pasar las horas y la vida, allá en Nymburk (Bohemia central, al este de Praga). Bastó que Hrabal aguzara su oído desde pequeño para descubrir a través de la voz y peroratas de Josef que el mundo estaba lleno de relatos alucinantes. Ahí donde por lo regular solamente se escuchaba bullicio de tasca o se miraban solamente calles y arrabales, latía otra realidad. El caudal de cuentos sin pausa que su tío Pepin le narró fue la mejor iniciación literaria para Hrabal: y sí, todas las historias —verdaderas y no tan creíbles— se deshilan de un tirón una vez que se las tiene en la punta de los dedos o le quemar a alguien en la lengua.



Bohumil Hrabal

“Yo no era nunca yo mismo, eran los demás, los que me rodeaban, quienes lo eran, entonces me consideraba un simple espejo de bolsillo”, alega Hrabal con vehemencia al recordar el sitio donde redactó el texto *Las desventuras del viejo Werther* (un edificio que albergaba a la empresa de pompas fúnebres Schoenbach), es decir, la transcripción de los “atestados” de Pepin, que no eran otra cosa que las propias historias dictadas de su tío, un puñado de relatos sin pies ni cabeza que contienen, sin embargo, un orden propio. Cada línea, palabra o recuerdo de este breve libro revela al mundo el caudal de imágenes que surgían como un “hongo atómico” de la mente de Josef. “Reemprendimos nuestros atestados en siete ocasiones en total a lo largo de un trimestre... sin preocuparnos de la cronología”. Hrabal redactó hacia 1949 *Las desventuras*, pero lo dejaría “durmiendo” varios años, hasta 1963, cuando se transforma en un librito que tituló *Curso de danza para adultos y alumnos avanzados*. Perviven, no obstante, en los atestados, la evocadora nostalgia de una gran vieja historia concluida hace tantísimo tiempo y la frescura de la primera sorpresa que se le arrebató a la existencia. El mundo, “magnífico e ingenuo”, surgía de Pepin: “Mi tío tenía un don que tam-

Para Claudia Castro

bién poseen las videntes y las brujas, gracias a su voz podía curar y sanar, disipaba las preocupaciones y alegraba la vida... Era el parlanchín número uno, mi musa, un narrador sin igual”. ¿Dónde y cómo aprender a contar la mejor historia que el mundo pueda conocer? Si se sabe escuchar, se caerá en la cuenta que ese es, quizás, el secreto mejor guardado de la Creación. Y sus guardianes son ilusionistas, lo resguardan sin tener conciencia de ello, pues basta con una dosis de ingenuidad y algunos trucos baratos para ocultarlo de la manera más sencilla posible: *hay que pensar en el oficio de zapatero como si fuera el de un compositor*. Josef fue zapatero, padre espiritual e inspirador de Bohumil. Ambos “pasaban las noches representando obras de teatro, hablando de los papas y los emperadores y las señoritas”; no es de extrañar entonces que el único drama que podría detener el tiempo fuera la ausencia del tío Pepe. ¿Cómo denominar a la alocución ininterrumpida de un anciano aficionado a la bohemia y la buena vida, a la felicidad extrema, a procurarse un poco de amor y una evasión deliberada de lo real? Afortunadamente *Las desventuras del viejo Werther* no corresponden a ninguna clasificación tradicional de un género literario (¿literatura fantástica?, toda narración lo es, de hecho). Pero como ocurre en otros órdenes de la vida, preferimos asignar adjetivos precisos y detallados al límite, solamente para después perpetrar con facilidad alguna transgresión y poder gritar que somos los fieles poseedores de la autenticidad. *Y para terminar están los que son verdaderos dones de Dios, aquellos cuya cabeza la recorren miles de pensamientos y su cuerpo miles de hormigas tan pronto se fijan en una mujer guapa.* **U**